

# LAURA CUEVA ESPINOSA

12 - Nov.1930 - 4 - May. 1996

Carlos Lasso Cueva



Dice Fernando Jurado Noboa que ella descendía de un modestísimo curtidor de pieles del siglo XIV llamado Gil Hernández de la Cueva, cuyo nieto Beltrán, muerto en 1492. llegó a ser favorito del Rey Enrique IV de Castilla, quien lo nombró Duque de Albuquerque y tres veces Grande de España. El apellido como casi todos, nació de un apodo: Un antepasado salvó a una princesa morisca de ser mordida por una víbora en una cueva.

Era orgullosa de sus antepasados, entre ellos Daniel Alvarez, Gobernador de Loja, autor de la más grande donación de tierras a la beneficencia pública en la historia del Ecuador. Su bisabuelo, Segundo Cueva Betancourt, fue gobernador de Loja con la Revolución Liberal. Su abuelo, el coronel Agustín Espinoza Alvarez, sufrió persecución de los conservadores que saquearon e incendiaron su casa, motivo por el que la Asamblea Constituyente de 1906, presidida por su tío bisabuelo, Manuel Benigno Cueva Betancourt, lo indemnizó. Su padre fue el compositor de música Segundo Cueva Celi, que se jubiló en el colegio Bernardo Valdivieso como profesor y fue el primer miembro de la familia en llegar al bronce. El gobierno de Camilo Ponce Enríquez,



descendiente, como él, de Sebastián de Benalcázar (según está en el tomo tres de la obra respectiva de Jurado Noboa) lo nombró caballero de la Orden Nacional al Mérito. Su abuelo fue el Dr. Juan Cueva García, Embajador en Panamá e Inglaterra, Cónsul en Estados Unidos y diputado por Loja. Ella nació ahí el 12-XI de 1930.

Creo que fue en 1947 que se casó con mi padre. Su primer hijo, mi difunto hermano mayor, Juan Segundo, murió a la semana de nacido, por una mala práctica médica del Dr. Alfonso Burneo que también atendió en el parto cuando yo nací. En 1957 nació Fausto mi hermano menor, en Guayaquil. En 1963 mis padres se separaron y empezó el vía crucis proletario de mi madre

Yo mismo tuve que dejar el colegio La Salle de Quito a los 13 años para trabajar como cargador en una empresa de esta ciudad, ganando s/. 600 sucres mensuales. Después entró a trabajar en la Sanidad, si no me equivoco gracias al Dr. Bolívar Barreto, que fue su Jefe durante muchos años en el Centro de Salud No. 1 de esta ciudad. El estuvo en mi casa celebrando el lanzamiento de mi primer libro, aparecido en la Colección del Ecuador de la Casa de la Cultura. Cuando ella llegó le dije a mi caro amigo: "saluda a tu subalterna. Alguna vez por cuestiones de influencias políticas quisieron injustamente cancelarla en el último gobierno de Velasco Ibarra. Conservó su humilde empleo gracias al Ministro de Salud de ese entonces, mi ahora íntimo amigo el Dr. Francisco Parra Gil, que me ha respaldado legalmente en mis dos campañas para la Presidencia de la Casa de la Cultura. En otra ocasión también estuvo aterrada, porque por los mismos motivos de siempre intentaron cancelarla. Entonces su sobrino Gonzalo Borrero, que ocupaba un alto cargo en Quito, la salvó. Después consiguió el pase al Centro de Salud No. 3, ubicado en Pancho Segura y Quito, donde tuvo como jefe a un médico sabio y noble de espíritu, el Dr. José Monteverde Coello, a quien ella



consideraba no como un jefe sino como a un padre. Ahí se encargó de la sección estadística, aunque su cargo de siempre fue el de auxiliar de farmacia. Vivió combatiendo a la pobreza y a su triste soledad.

En el gobierno de Rodríguez Lara vendió una finca que su tía Enriqueta Espinoza Ruíz le regaló en Loja el día en que yo nací. Con ese dinero compró una villa en las Acacias, ayudada por una amiga de la infancia, la esposa del mayor Aldaz, que era Presidente del Banco Ecuatoriano de la Vivienda.

Con sacrificios decoró su casita. Rebosaba de un ingenuo deleite cuando por fin tuvo casa propia. Economizaba al máximo para darse sencillos lujos.

Debía haberse operado hace años de una catarata en el ojo derecho, pero tenía mucho miedo de perder la visión. Y de todas maneras el último año de su vida ese ojo ya quedó inútil. Sabía que tenía un tumor cerebral y nunca se hizo atender porque, como me confesó después, "Los pobres no tenemos dinero para atendernos esas operaciones tan delicadas y caras". El tumor se le desarrolló hasta que entró en coma. Entonces la ingresé por Emergencia al Hospital del IESS de Guayaquil, y el 20 de junio del 95 fue operada exitosamente por ese magnífico cirujano y gran ser humano que es el Dr. Gustavo Cornejo Montalvo. Su recuperación asombró a todos. El jefe de la Sala de Terapia Intensiva mi distinguido coterráneo el Dr. Miguel Rodríguez Quinde se asombró cuando tres meses después me vió caminando con ella por los pasillos del hospital, asistiendo a su terapia y a su atención de consulta externa. Me dijo: "Ella es tu madre, la señora que estuvo gravísima en mi sala?". Lo de su tumor fue un secreto que nos ocultó a todos. Desastres familiares penosos después la fueron derrumbando y aplastando anímicamente. La muerte



accidental de su primo hermano, Alberto Espinoza Witt la afectó sensiblemente. Y fue perdiendo el deseo de vivir. Yo la cuidé y atendí en mi casa hasta que el sábado 27 de abril la llevé de nuevo al Hospital del IESS. La desahuciaron. Falleció a las siete de la mañana del sábado 4 de mayo. La enterré a la manera de los antiguos persas, sin velación. El padre Toro le suministró los santos óleos y el padre Angel Cevallos fue a darle la bendición papal. La sepulté acompañado de pocos amigos ese mismo día en "Los Jardines de la Esperanza". Tenía 65 años.

La sobreviven aquí sus primos Espinoza Witt, Espinoza Suárez, Espinoza Granda.

Los Castillo Arévalo, Castillo Cevallos, los Borrero y los Rengel Valdivieso y Rengel Espinoza. Los Williams Cueva, en Quito. Los Guerrero Larrea, los Cueva Jones, Cueva Robersson, Cueva Duarte, Cueva Montalvo, Cueva Perus, Piñeiros Cueva, Cueva Jaramillo, Díaz Cueva, Ayora Carbo, Cordero Cueva. Los Hinojoza Rengel y las Peña Valdivieso de Guayaquil. También mi padre y los suyos en Quito.

Fue una mujer enérgica y luchadora. Alguna vez ocupó un cargo en el Sindicato de la Sanidad. La última vez que hablé con ella fue el 24 de abril. Me preguntó si la quería, y cuánto la quería. Le dije que con toda mi alma. Y me bendijo diciéndome que ella también me amaba con toda su alma. Ahora ya descansa en paz.